

CIENCIA Y CONSCIENCIA DE LA POBREZA¹

Serge Paugam²

La sociología de la pobreza busca estudiar simultáneamente la pobreza como experiencia vivida por hombres y mujeres situados en el fondo de la escala social, y la pobreza como un elemento de la consciencia que las sociedades modernas tienen de sí mismas y que a menudo buscan combatir. La pobreza es una cuestión incómoda, porque es expresión de una desigualdad, si no inaceptable, al menos poco tolerable en una sociedad mayoritariamente rica y democrática donde se busca de manera prioritaria la igualdad real, y no sólo la igualdad formal de individuos-ciudadanos. Los pobres sólo pueden tener un estatuto desvalorizado dado que representan aquel destino del cual las sociedades modernas intentaron escapar. Las actitudes colectivas hacia la pobreza son variadas: desolación moral, para algunos, que ven en este segmento de la población una expresión directa de la pereza, la ignorancia

y la irresponsabilidad; mala consciencia, para otros, sensibles ante todo a la injusticia cometida contra personas en el borde de la supervivencia, mantenidas en condiciones humanamente insoportables.

La sociología de la pobreza no puede ser reducida a un enfoque descriptivo y cuantitativo de los pobres. Ella debe examinar el concepto mismo de pobreza. Para los sociólogos, el razonamiento en términos binarios –que consiste en oponer las características de los pobres a aquellas del resto de la sociedad– es equívoco. La definición de una línea de pobreza, por más elaborada y precisa que sea, es siempre arbitraria. A modo de ejemplo, está el umbral del 50% del ingreso medio por unidad de consumo (uno 600 euros al mes). Considerando este límite, existía en Francia, en 2001, un 6% de la población en situación de pobreza, lo que equivale a 3,6 millones de personas; no obstante, con un umbral de 60% del ingreso medio por unidad de consumo (alrededor de 720 euros al mes), los pobres representaban el 12,4% de la población, más del doble, y en total 7.2 millones de personas (l'Observatoire national de la pauvreté et de l'exclusion sociale, 2003-2004). Basta un cambio ligero en la línea oficial de la pobreza para que cambie totalmente la proporción de la población tratada. Este resultado demuestra que existe una alta proporción de hogares al-

1 Traducción elaborada por Pablo Beytía y revisada por Perrine Puyol. Este artículo fue publicado originalmente en francés, en la revista *L'Économie Politique* (2005/2), nº 26, bajo el nombre *Science et Conscience de la pauvreté*. En él se presentan algunos argumentos desarrollados por Serge Paugam en su libro *Les Formes élémentaires de la pauvreté* (2005), publicado en castellano por Alianza Editorial (2007).

2 Director de estudios, École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS). Director de investigación, Centre national de la recherche scientifique (CNRS), Francia.

rededor de la línea de pobreza utilizada, y que ésta línea contribuye a establecer una ruptura radical entre un grupo de personas que, en realidad, viven en condiciones probablemente similares.

Esto no significa que debamos privarnos de estos indicadores de pobreza, que pueden ser útiles en las comparaciones entre países o entre regiones. Sin embargo, es primordial no limitarse a este enfoque. Si bien la cuantificación de los pobres se encuentra en el sentido común como algo previo a la reflexión, ello puede ser para el sociólogo un verdadero obstáculo epistemológico, en el sentido de que conduce a un callejón sin salida y le priva de una interrogación sobre el significado mismo de la pobreza.

Ser pobre y nada más que pobre

La cuestión esencial que debe plantearse el sociólogo es simple: ¿qué hace que un pobre, en una sociedad dada, sea pobre y nada más que pobre? En otras palabras, ¿qué constituye el estatus social del pobre? ¿A partir de qué criterio esencial una persona se convierte en pobre a ojos de todos? ¿Qué hace que ella sea definida prioritariamente por su pobreza? Es Georg Simmel, a principios del siglo XX, quien responde primero, de manera clara y directa, a esta cuestión, aunque otros antes que él habían esboza-

3 Cf. La Documentation française, 2004, p. 18 y ss.

do una respuesta. Para Simmel (1907) es la asistencia que una persona recibe públicamente de la colectividad lo que determina su estatus de pobre. Ser asistido es la marca identitaria de la condición de pobre, el criterio de su pertenencia social a un estrato específico de la población. Un estrato que está inevitablemente desvalorizado, dado que se define por su dependencia de todos los demás. Ser asistido, en este sentido, consiste en recibir todo de los demás sin poder inscribirse, al menos en el corto plazo, en una relación de complementariedad y reciprocidad (*vis-à-vis*) hacia ellos. El pobre, receptor del socorro que le está especialmente destinado, debe aceptar vivir, aunque sólo sea temporalmente, con la imagen negativa que le devuelve la sociedad, y finalmente interiorizar que ya no es útil y que es parte de lo que a veces se nombra como “los indeseables”.

De este modo, cada sociedad define y otorga un estatus social distinto a sus pobres eligiendo acudir en su ayuda. El objeto de estudio sociológico por excelencia no es por tanto la pobreza, ni el pobre en cuanto tal, como realidad social substancializada, si no la relación de asistencia –y por tanto, de interdependencia– entre ellos y la sociedad a la que pertenecen. Esta perspectiva analítica aspira a estudiar de manera comparativa los mecanismos de designación de los pobres en las distintas sociedades, a buscar las representaciones sociales que están en su origen y las legitiman, además de analizar el reporte que aquellos designados como pobres establecen al sistema de ayuda del que son tributarios y, de manera más general, los acontecimientos que están experimentando en este momento y en otras circunstancias de la vida cotidiana.

Esta orientación metodológica invita a estudiar la red de interdependencia entre los pobres y el resto de la sociedad, en una configuración amplia que podría abarcar al conjunto de la nación. Para lograr esto, era necesario estudiar a la vez las representaciones sociales de la pobreza –origen del debate y de las políticas hacia las poblaciones consideradas como desfavorecidas– y las experiencias vividas que ponen a prueba a los hombres y las mujeres designados como pobres.

Hay tres factores distintos que explican las variaciones de las representaciones sociales y las experiencias vividas: el grado de desarrollo económico y mercado laboral, la forma y la intensidad de los vínculos sociales y la naturaleza del sistema de protección social y de acción social.

El nivel de desarrollo económico juega un papel decisivo. Como ya señaló Tocqueville en 1835, ser pobre en un país muy pobre, como era Portugal en aquella época, no tiene el mismo significado para quienes lo experimentan, que ser pobre en un país próspero, como era notablemente Gran Bretaña inmediatamente después de su revolución industrial³. Hoy en día hay que tener en cuenta esta diferencia incluso dentro de la Unión Europea, debido a la persistente desigualdad en los niveles de producción y desarrollo económico, tanto entre los países como entre las regiones de ciertos países.

Las representaciones y experiencias vividas de la pobreza también están relacionadas con la forma e intensidad de los vínculos sociales. Los

estudios sobre la pobreza realizados en Francia han llevado a poner el acento en la tendencia al debilitamiento o ruptura de los vínculos sociales. Desde los primeros trabajos comparativos, realizados en colaboración con múltiples investigadores europeos, aparece que este fenómeno no fue verificado en todos los países. Por lo tanto, no podemos decir que los pobres están más aislados que otras categorías de la población, con independencia del país en que viven. En algunos casos, es todo lo contrario: la resistencia colectiva a la pobreza puede implicar intercambios intensos al interior de las familias y entre ellas, así como numerosas solidaridades de proximidad, a tal punto que los pobres pueden ser considerados como perfectamente integrados en el tejido social. El sentido de la pobreza en una sociedad determinada no puede entenderse sin hacer referencia a los vínculos sociales.

Por último, la experiencia vivida de la pobreza también puede variar de un país a otro dependiendo del sistema de protección social y los modos de intervención social en virtud de la asistencia. La forma del estado de bienestar tiene, por ejemplo, un efecto sobre la constitución de la categoría de pobre vinculada a la asistencia. En cada régimen del welfare state, las poblaciones salen, en efecto, de las mallas de la red de protección social y empiezan a agrandar, de manera variable en diferentes lugares y momentos, la categoría de los asistidos. La generalización progresiva del sistema de protección social durante el período de los “Treinta gloriosos”⁴ ha contribuido a reducir la esfera de la asistencia tradicional, pero ello no se ha eliminado por completo. El número de pobres

bajo asistencia está en gran parte vinculado a la capacidad que tiene el régimen del estado de bienestar paramantener en la red general de la protección social a los sectores más vulnerables de la población.

En definitiva, entre los factores explicativos retenidos en esta investigación, el primero es de orden económico (desarrollo y mercado laboral), el segundo de orden social (forma e intensidad de los vínculos sociales) y el tercero de orden político (sistema de protección social e intervención social). Estos tres factores fueron distinguidos con fines analíticos, pero, en realidad, ellos se entrelazan a menudo.

Una tipología de las formas elementales de la pobreza

Este marco analítico, inspirado por Simmel y enriquecido con estos tres factores explicativos, conduce a una tipología de las formas elementales de la pobreza: pobreza integrada, pobreza marginal y pobreza descualificadora. Cada una de ellas refiere a una configuración social específica.

a) La pobreza integrada: los países del sur de Europa

La pobreza integrada refleja una configuración donde los llamados “pobres” son numerosos. Ellos se distinguen poco de otros segmentos de

4 N. del T.: La expresión “Treinta Gloriosos” refiere al período aproximado entre 1945 y 1973, es decir, a los años dorados del capitalismo con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial.

la población. Su situación es común, y refiere al problema más general de una región o localidad que siempre ha sido pobre. Dado que los pobres conforman un grupo social extendido, no son fuertemente estigmatizados. Es lógico considerar que este tipo de relación social hacia la pobreza tiene una mayor probabilidad de desarrollarse en las sociedades tradicionales que en las modernas. Representa, idealmente, la situación de países preindustriales que registran un retraso económico en comparación con países cuyo desarrollo económico y progreso social ha garantizado el bienestar y la protección social del mayor número.

El análisis conduce a la constatación de que la pobreza en los países del sur de Europa se acerca a este tipo. Estos países no son en sentido estricto preindustriales –el Norte de Italia, por ejemplo, es una de las regiones más prósperas de Europa– pero en cada uno de ellos permanecen regiones económicamente muy pobres. La pobreza aquí es más durable y más reproducible de generación en generación que en los países del Norte de Europa. En segundo lugar, y este probablemente sea el factor más importante, el estándar de vida de la pobreza no implica una exclusión social, principalmente debido a las solidaridades familiares en los entornos desfavorecidos, que como hemos visto están más desarrolladas que en los países del norte, y debido también a las formas de sociabilidad, en particular a la práctica religiosa, que sigue siendo intensa y colectiva.

Del mismo modo, la falta de empleo puede ser parcialmente compensada por una inserción en las redes de la economía informal y del sistema clientelista de la acción social. Por lo tanto, si los

pobres se ven afectados por el desempleo no se les confiere un estatus desvalorizado.

Es posible ver, en esta forma elemental de la pobreza, los restos de una época antigua donde la protección social estaba ante todo asegurada por familiares, en una economía fundamentalmente campesina. Para describir estas sociedades, Henri Mendras enfatizó las relaciones sociales que ellas desarrollan: “cada uno está unido a cada uno por una relación bilateral de conocimiento global y la consciencia de ser conocido de la misma manera, y el conjunto de estas relaciones forma un grupo o una colectividad de conocimiento mutuo” (Mendras, 1976). Maurice Halbwachs reconoció también que el tipo de vida de la civilización rural constituía, en particular previamente al movimiento de urbanización e industrialización del siglo XIX, un equilibrio y una estabilidad en las relaciones entre individuos: “vivíamos allí, adaptados los unos a los otros, conociéndose demasiado para ser expuestos frecuentemente a esos conflictos que se producen cuando alguien se va de un lugar, de una situación, de una profesión, de un mundo al otro. El comercio, más pequeño y más fácil, comportaba menores riesgos. Las ambiciones estaban menos despiertas, las humillaciones más raras. Se pensaba y sentía en común. Los dolores y los problemas, en lugar de concentrarse en los límites de la consciencia individual, se dispersaban y amortiguaban en grupo.” (Halbwachs, 1930). Desde este punto de vista, es evidente que las sociedades mediterráneas conservan todavía hoy muchas características de las sociedades campesinas. La sociedad salarial, en el sentido de la economía moderna, es evidentemente menos ordenada y el tipo de

desarrollo permite que convivan los sistemas de producción e intercambio, si no en competencia, al menos en contraste. Esta heterogeneidad podría explicar, al menos en parte, la razón de que se mantenga la pobreza integrada como forma elemental de la pobreza.

Es tentador decir que los sistemas organizados de resistencia a la miseria, que subsisten aún hoy en día, desaparecerían si el desarrollo económico fuera más intenso en estas regiones. No obstante, conviene enfatizar que ellos se mantienen a pesar de los programas de desarrollo industrial que se han intentado. El funcionamiento del estado de bienestar y de las diversas ayudas otorgadas a ciertas categorías de la población no ha sido suficiente para disolver las solidaridades de proximidad. Por lo tanto, debemos observar aquí el efecto de un sistema económico y social que funciona como un “todo” y que ya puede prever la fuerza de inercia que podría oponerse, en el futuro, a todo proyecto de reforma.

b) La pobreza marginal: Suiza, Alemania, países escandinavos y Francia de los años 1960 y 1970.

La pobreza marginal refiere a una configuración social diferente, donde aquellos denominados “pobres” no son un vasto grupo social poco diferenciado de otros estratos sociales. Estos “pobres” son a menudo considerados como inadaptados al mundo moderno, y es común referirse a ellos como “casos sociales”, lo que mantiene inevitablemente su estigmatización. Este grupo social es residual, pero está sujeto, sin embargo, a una fuerte atención por parte de las instituciones de acción social. Esta relación social con la pobreza tiene una mayor probabilidad

de desarrollarse en las sociedades industriales avanzadas y en expansión, particularmente en aquellas que logran limitar la importancia del desempleo y garantizar a todos un alto nivel de protección social.

¿Pertenece al pasado esta forma elemental de la pobreza? El análisis conduce a verificar, en primer lugar, que la configuración social del período de los Treinta Gloriosos, tanto en Europa como Estados Unidos, se aproxima efectivamente a este tipo. Transformar la pobreza desde un problema de mayoría a un problema de minoría, fue sin duda el reto de las sociedades modernas que, con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial, podrían construir un amplio programa de bienestar social y aprovecharse del crecimiento económico para permitir el desarrollo del pleno empleo. El carácter excepcional de este período nos permite comprender el entusiasmo por el progreso económico y social, y la creencia compartida de que la pobreza había más o menos desaparecido, al menos en sus formas tradicionales. Este fenómeno se explica, en gran parte, por la importancia de las transferencias sociales en favor de la mayoría y la reducción significativa en la esfera de la asistencia. Si bien durante este período los pobres no desaparecen e incluso continúan reproduciéndose de generación en generación, como han mostrado claramente muchos sociólogos, sí se hicieron menos visibles. Ellos constituyeron aquel “margen” que era conveniente minimizar en importancia, dado que la pobreza parecía corresponder al “residuo” del progreso. La cuestión social estaba en otros lugares. Inscritos en “colectivos”, los empleados lucharon por una mejora de sus salarios y de sus condiciones laborales. La cuestión de la pobreza se

vio eclipsada por la cuestión más general de la desigualdad.

Esta forma elemental de la pobreza no pertenece enteramente al pasado. El análisis del período más reciente, caracterizado por el aumento del desempleo y la precariedad laboral, también ha llevado a verificar que la pobreza marginal no había desaparecido en todos los países europeos. Esta relación social con la pobreza no se explica únicamente por el fuerte crecimiento de las economías occidentales después de la guerra. De hecho en el caso de Suiza, pero también de Alemania y los países escandinavos, las representaciones sociales de la pobreza son relativamente estables. Estos países se vieron afectados como los otros –aunque de una manera quizás menos brutal– por el deterioro del mercado de empleo, pero la pobreza no se impuso aquí como una nueva realidad social. Por el contrario, conforme al esquema sin duda idealizado de la prosperidad y del bienestar compartido, ella tardó en ser objeto de investigaciones profundas y los pocos investigadores que se han dedicado a este tipo de estudios no sirvieron para despertar en su país un debate a escala nacional. En el nivel de los poderes públicos y de los representantes políticos, ha habido una resistencia simbólica al reconocimiento de la existencia de los pobres. Sin duda por miedo a ser acusados de no haber adoptado todas las medidas necesarias en el territorio del que son responsables, los funcionarios electos han tratado de minimizarla cuestión social. A menudo esto se ha verificado en los sistemas organizados sobre una base federal, que le dan poder de decisión y de acción importante a las instancias locales.

Si bien la pobreza marginal corresponde, en las representaciones sociales, a una pobreza minimizada, incluso negada, ella puede ir acompañada de una fuerte estigmatización en contra de la porción residual de la población apoyada bajo el concepto de asistencia. Esta tendencia podría ser verificada tanto en los años 1960 y 1970 en Francia, como actualmente en algunos países. Uno puede, en efecto, observar las similitudes entre este período de la historia de la acción social en Francia, donde la cuestión social de la pobreza ha más o menos desaparecido en beneficio de un discurso justificador de una intervención psicologizante en individuos considerados como inadaptados, y la situación actual en Alemania y los países escandinavos, donde la acción social siempre se lleva a cabo en individuos al margen de la sociedad en una lógica de respuesta individual -en vez de colectiva- a sus necesidades y en dirección hacia un control estricto de su vida privada. Este enfoque de la intervención social puede imponerse más fácilmente, mientras mantenga confinada a una porción residual de la población, sabiendo que el resto de la sociedad puede beneficiarse de las ventajas de una protección de carácter universal y de una garantía de no conocer nunca la experiencia de la pobreza.

c) La pobreza descualificadora: las sociedades “post industriales”

Por último, la pobreza descualificadora refleja una configuración social donde los denominados “pobres” son cada vez más numerosos y reprimidos, sobre todo, fuera de la esfera productiva. Sus dificultades pueden de ese modo aumentar, así como su dependencia hacia los servicios de acción social. Esta forma elemen-

tal de la pobreza se distingue claramente de la pobreza marginal y la pobreza integrada. Ella no se refiere a un estado de miseria estabilizado, sino a un proceso que puede afectar a los segmentos de la población hasta el momento integrados plenamente al mercado laboral. Esta situación concierne a personas que enfrentan situaciones de precariedad cada vez más duras, tanto en el ámbito de ingresos, condiciones de vivienda y salud, como en el de participación en la vida social. Este fenómeno no afecta a los segmentos de la población recién precarizados. Afecta a la sociedad globalmente, dado que la inseguridad engendra una angustia colectiva. La pobreza descualificadora tiene una probabilidad más elevada de desarrollarse en las sociedades “postindustriales”, especialmente aquellas que se enfrentan a un fuerte aumento en el desempleo y de una situación precaria en el mercado de trabajo.

Una evaluación de la situación

Las encuestas europeas han permitido constatar, que la representación social de la pobreza como una caída está actualmente muy generalizada. La imagen dominante de los pobres, por lo tanto, entiende que ellos son víctimas de un descenso social después de una o más perturbaciones graves. Tras el período de los Treinta Gloriosos, durante el cual las clases trabajadoras pensaron que podían escapar al destino de los pobres que habían estado en las generaciones anteriores, el desempleo masivo y de largo plazo removió a la sociedad salarial a partir de los años 1970. El sentimiento de inseguridad social fue entonces firmemente arraigado en la consciencia colectiva, a tal punto que más de la mitad de la población

francesa teme desde aquí ser afectado por la exclusión. Este malestar se vio reforzado por la aparición, en el mismo período, de nuevas formas de descualificación espacial. Si bien debe tenerse cuidado con la utilización mediática de la imagen de gueto, a menudo importada de Estados Unidos y colocada sin matices en una realidad francesa y europea muy diferente, muchas áreas urbanas “sensibles” fueron identificadas por las autoridades públicas en las aglomeraciones⁵. Estas áreas concentran una población golpeada por la crisis del empleo. Ellas se vacían poco a poco de su clase media y se descualifican rápidamente. Las relaciones sociales son a menudo tensas, y los síntomas de depresión, particularmente corrientes. Por lo tanto, la crisis del tejido social se superpone a la crisis del mercado de empleo y contribuye a aumentar las desigualdades económicas y sociales.

Los datos de las encuestas europeas confirman que la pobreza corresponde en realidad a un proceso de acumulación de desventajas. El riesgo de desempleo está acompañado de pobreza económica y el aislamiento social no es una invención. Es bien real. Pero este riesgo varía de un país a otro. Sigue siendo bajo tanto en Dinamarca como en los países del sur. Es fuerte, en contraste, en el Reino Unido, en Francia y en Alemania, es decir en las naciones más industrializadas de Europa, aquellas que

5 N. del T.: El concepto “aglomeración” es utilizado en Francia para definir áreas urbanas continuas, es decir, ciudades o pueblos extendidos. Se vincula al término “conurbación”, así como a la definición de ciudades metropolitanas, que incluyen centros administrativos y suburbios urbanos.

sufrieron reconstrucción de envergadura y considerables pérdidas de empleo.

El caso de Alemania es paradójico. Si uno se refiere al discurso dominante sobre la pobreza y las prácticas de las instituciones de acción social, uno se siente tentado a aproximar este país a la pobreza marginal, ya que las encuestas destacan una fuerte resistencia colectiva al reconocimiento oficial de la pobreza y una tendencia a la individualización de la ayuda y a la estigmatización de los pobres. Pero si nos referimos a la experiencia vivida de la pobreza, el riesgo de la descualificación está lejos de ser insignificante en este país, y la acumulación de desventajas en un segmento numeroso de la población le acerca más a Francia y Gran Bretaña que a los países escandinavos. Este proceso sin duda empeoró después de la reunificación. Son numerosos los alemanes del Oeste, hoy en día, que se quejan de los impuestos que pagan para ayudar a los alemanes del Este. No obstante, la situación de Alemania es, por así decirlo, intermedia entre la pobreza marginal y la pobreza descualificante. Tal vez se deba interpretar como una expresión de la evolución actual.

Por último, en los países que se aproximan más a la pobreza descualificante, hay que destacar una investigación constante de nuevas soluciones en el dominio de la protección y de la intervención sociales. Por ese motivo, hemos sido testigos en los últimos años de una proliferación de objetivos y de actores que contribuyen a engrosar el número de personas susceptibles de ser apoyados de una u otra manera por los servicios de acción social. Las soluciones de inserción y apoyo social se han

extendido en todos los países, pero los resultados de estos programas son generalmente insuficientes para aspirar a reducir significativamente el problema del desempleo y de la pobreza. Por todas estas razones, esta relación social con la pobreza refiere a un proceso en marcha, cuyos efectos no hemos terminado de analizar. Ella es susceptible de ser propagada en otros países.

Si esta tipología es verificada empíricamente se debe concluir, ante todo, que la pobreza no es universal. Ella toma diferentes formas de acuerdo a las sociedades, en función de su historia y de acuerdo a su desarrollo. Teniendo iguales ingresos, ser pobre en el Mezzogiorno no tiene el mismo sentido que ser pobre en la región parisina. Ser pobre en el norte de Francia en los años 1960 tampoco tenía el mismo significado que ser pobre hoy en la misma región. El grupo de los pobres puede evidentemente ser definido como tal a partir de una medida objetiva que puede parecer unánimemente aceptada e impuesta a todos como un estándar universal; pero, ¿qué significa esta medición, si uno no problematiza al mismo tiempo las representaciones sociales y las experiencias vividas de la pobreza? Tener en cuenta la diversidad es un avance, y esta tipología es un medio para lograrlo. No debería sin embargo concluirse, que las formas que puede tomar la pobreza en las sociedades modernas son infinitas.

Estas formas de la pobreza son elementales, dado que fueron elaboradas sobre la base de un razonamiento ideal-típico que se limita a retener las características principales de un fenómeno y a justificar la selección a partir de un conjunto de hipótesis imbricadas, en su mayo-

ría procedentes del conocimiento histórico de las sociedades contemporáneas. Estas formas son elementales porque ellas refieren también a configuraciones sociales precisas, cuya matriz constitutiva fue verificada por estudios empíricos. Finalmente, si estas formas son elementales, es porque cada una de ellas representa un tipo de relación de interdependencia suficientemente estable como para sostenerse en el tiempo e imponerse como una unidad sui generis distinta de los elementos individuales que la caracterizan. En otras palabras, cada forma elemental de la pobreza corresponde a un estado de equilibrio relativamente cristalizado de las relaciones entre individuos desiguales (pobres y no pobres) al interior de un sistema social considerado en su conjunto.

Bibliografía

Halbwachs, Maurice (1930), *Les Causes du suicide*, coll. "Le lien social" (2002), PUF, p.378.

Mendras, Henri (1976), *Sociétés paysannes. Éléments pour une théorie de la paysannerie*, Armand Colin, p.76.

Le Rapport de l'Observatoire national de la pauvreté et de l'exclusion sociale, 2003-2004, La documentation française, 2004, p.18 y ss.

Simmel, Georg (1907), *Les Pauvres*, coll. "Quadri-ge" (1998), PUF.

Tocqueville, Alexis (1835). *Mémoire sur le paupérisme*. En: *Commentaire*, Vol. 23 (pp. 630-636) y Vol. 24 (pp. 880-888).